FRACTURA EXPUESTA

M.L Herrasti.

I UN TIEMPO EN FAMILIA

I

Nací en Sabadell, en 1923, cuando la cabeza de Alfonso XIII estaba coronada y en el pecho de Primo de Rivera colgaban medallas de reconocimiento. Así adornados parecería que los dos cumplían bien con su deber y nadie en casa imaginaba que una turbulencia política destruiría su autoridad y arruinaría nuestras vidas.

Por lo pronto, en casa la vida fluía sin problemas y los días se encadenaban unos tras otros con naturalidad sujetos a un orden estricto y bajo horarios inamovibles. Cuando algún inconveniente interrumpía el suave paso del tiempo, en un periquete mamá lo resolvía y todo recuperaba su ritmo habitual.

Éramos una familia cardumen que navegaba con alta sincronización bajo las órdenes de papá. Ahí se compraba, se decoraba, se contrataba o se despedía al personal según su parecer; él decidía lo que se hacía, lo que se pensaba y aquello de lo que se hablaba. Cuando salía con mamá al teatro, a cenar o simplemente a caminar, era él quien seleccionaba el vestido, el sombrero, los guantes y las joyas que ella usaba. Conocía su guardarropa al dedillo pues había elegido cada prenda. No se si esta imposición la molestaba, si pensaba que así debían de ser las cosas o si no era capaz de contradecir a su marido. Nunca se quejó y con su ejemplo nos enseñó que a las mujeres nos toca subordinarnos con una sonrisa, callar y caminar con suavidad, temerosas de ser escuchadas.

Cuando no había escuela, mis hermanos y yo pasábamos el día en el jardín. Teníamos prohibido subir a la higuera y sobre todo acercarnos al pozo del fondo pues, aunque estaba cerrado a cal y canto y con enorme candado, mamá temían que cayéramos en él. Mi *mainadera* Agustina nos asustaba: “Ahí hay —decía con seriedad— gran cantidad de niños muertos que desobedecieron a sus padres.”

Mamá nos vigilaba desde su salón, sentada en un sillón de mimbre, con la guitarra de Miguel Llobet en el gramófono y las puertas abiertas de par en par, para dejar entrar los rayos de sol y el olor de los jazmines. Pero generalmente se sumergía en la lectura y se olvidaba de nosotros.

Volúmenes de Juan Ramón Jiménez, de Stefan Zweig o incluso las aventuras de Tom Sawyer, igual que tragedias griegas, mitos sobre el origen de los pueblos, historia de España o fiestas y tradiciones catalanas se amontonaban en el comedor, en la sala, la entrada y hasta en la cocina. Supongo que eso le ayudaba a salir de su mundo y entrar a otro en el que cientos de personajes, algunas mujeres como ella que vivían sin respiro en medio de intensas emociones. A papá esta inclinación le impacientaba. Cuando salía a trabajar la dejaba leyendo y, cuando regresaba, la encontraba con el libro entre las manos. “Deja ya Inés, —decía—, dedícate a tus hijos, que buena falta les hace la supervisión de su madre”. Sus reclamos lograban que los libros se mantuvieran a distancia durante un corto tiempo, pero siempre regresaban, primero a escondidas y luego ante la mirada de todos hasta que papá volvía a enfadarse. Eso fue en lo único en lo que nunca pudo imponerse por completo.

Nosotros éramos los beneficiarios de esa afición que corría por las venas de mi madre y salía por su boca en forma de historias infantilizadas. Uno de sus personajes favoritos eran los faroleros, a quienes describía como tipos peculiares que odiaban la oscuridad y vivían de noche; apenas se ponía el sol, salían corriendo a prender farolas para terminar con esa negrura cómplice de cacos y criminales. Ellosneutralizaban cualquier alboroto pidiendo auxilio con un enérgico silbatazo, anunciaban la hora e informaban sobre el clima con el grito de: **“las cinco en punto y serenooooooo.” Había quien** les confiaban las llaves de sus casas a fin de que abrieran el portón al verlos llegar, y **los pescadores dormían a pierna suelta dejando en el picaporte una cuerda con el número de nudos que indicaban la hora en que deseaban despertar.**

* **Aunque todos queríamos a estos hombres de Dios, —decía mamá—,** cuando llegó el gas ¡tendríais que haber visto!, todo Sabadell salió a las calles a festejar. Nos parecía cosa de magia que, con solo mover una espita, ¡la luz se prendiera! Y todos felices pues ya no teníamos que ir a la cama tan temprano.
* ¿Pues a qué hora os dormíais antes?, —preguntaba yo.
* Con el sol, como pollito recién salido del cascarón. Sin luz, el mundo ¡era otro mundo!

Cuando mamá no estaba, era la *mainadera* Agustina quien nos acompañaba a cenar. Después de acomodar su voluminosa humanidad en una pequeña silla, ella también nos contaba cuentos, revoloteaba las manos e imitaba los gestos y las voces de hombres malvados, campesinos alegres, niños chillones, igual que los gruñidos de un león, el canto de las cigarras o el ruido de un arroyo. A pesar de que estaba estrictamente prohibido ir a su cuarto en el fondo del jardín, yo la buscaba, siempre con la misma cantaleta:

* Cuénteme un cuento Agustina. Cuénteme ese del otro día, en el que habla el puerco chillón.
* Salga de aquí niña, que su mamá me va a regañar. Además, ahora no puedo, tengo mucho que hacer.
* Ande Agustina, solo un ratito, cuénteme un poquito.
* Váyase Lola, que me van a llamar la atención. Ande. En un rato voy y se lo cuento.

II

Ania mi hermana, dos años mayor que yo, tenía predilección por los insectos. Aunque a mí me daban miedo sus picaduras, odiaba el zumbido de sus alas y no me gustaba pensar que alguno podría subir por mis piernas, me aguantaba para poder jugar con ella. Tiradas panza abajo, observábamos lombrices, arañas, grillos, hormigas y algunos escarabajos que con su peculiar caparazón caminaban lentamente, ajenos a nuestra existencia; eran silenciosos y con admirable determinación, aunque intentábamos desviarlos ellos no cejaban en su empeño por pasar por donde habían decidido. Cuando la *minyona* Mercé, encargada de la limpieza, se disponía a matar alguna alimaña, Ania pataleaba. “¡No lo matéis! ¡No lo matéis!”, gritaba, y no paraba de hacerlo hasta atrapar al aterrado animal en un frasco y sacarlo de nuevo al jardín.

* ¿Cómo os atrevéis? Tiene hijitos que lo andarán esperando. Ya me imagino vuestros gritos si os atrapara un gigantón.
* Pero niña, si lo hago para que no os piquen.
* Pues si a mí no me importa que me piquen y a usted tampoco debería importarle —contestaba airada.

Un día, quiso curar a un grillo que había perdido una pata. Lo metió en una cajita de cartón con un montón de pasto y hojas verdes, pero el grillo parecía no tener hambre y, por esas leyes inamovibles de la naturaleza, terminó por morir. Mi hermana lo puso sobre un poco de algodón, hicimos un hoyo y lo cubrimos de tierra. En la noche le contó a papá:

* Usted papá, ¿puede creer que nuestro grillo murió?
* Pero ¿cómo?, ¿qué no le disteis de comer?
* Sí, pero nada le gustaba. Le enterramos en el jardín.
* Podíais haberlo conservado para la ciencia. ¿Por qué no hacéis una colección con los que os encontréis muertos?

Al día siguiente, papá mandó a hacer unas cajas de madera con tapas de cristal en las que, previo baño de alcohol, Ania crucificaba con alfileres los cuerpos inanimados que encontraba en el jardín, junto con los escarabajos con cuernos de rinoceronte que papá conseguía cuando iba de cacería con sus amigos.

Para impresionar a papá, Ania memorizaba cualquier cantidad de datos. Sabía cómo se transforma una ninfa en libélula o una oruga en mariposa, se aprendía nombres exóticos como el *Tripoxylus dichotomus* o un día averiguó cuáles eran los insectos capaces de sobrevivir en el frio Ártico.

Aunque papá estaba orgulloso de ella, la relación entre ambos distaba de ser buena. Un día sí, y otro también, peleaban. Mi hermana se resistía a seguir la retahíla de normas que teníamos en casa: paraos derechas, no debéis torcer los pies, no os limpiéis las manos en el vestido, aprended a sentaros, no os tiréis sobre el sillón, no caminéis encorvadas, no seáis impulsivos, tomad las cosas con suavidad… Y Ania torcía los pies, se tiraba en los sillones, arrebataba lo que podía y andaba encorvada a pesar de que mamá nos hacía caminar a diario, y durante media hora, con un par de libros sobre la cabeza.

Mi hermana prefería agredir que agradar, disfrutaba con los enfrentamientos. Así, en pequeñas dosis alimentaba su rebeldía.

* ¿Qué?, ¿no escucháis? ¿O bien os hacéis la sorda? —decía papá—. Y no me sostengáis la mirada que os quedaréis sin salir.

Ania bajaba los ojos, pero sin ceder ni un ápice en su estilo altanero.

Durante esos enfrentamientos el ambiente se llenaba de tensión, el aire se volvía irrespirable y algo se revolvía en mi interior. Estaba segura de que algo horrible sucedería como consecuencia de estos enfrentamientos. Trababa de convencerla de pedir perdón, pero ella prefería el castigo antes que ceder.

Tampoco necesitaba mi consuelo.” ¡Que te digo que me da igual!”, me decía con impaciencia. ¡Me es igual¡, ¡Me es igual¡, decía siempre, ante todo y ante todos, en la casa y en la escuela, y acompañaba sus palabras con un ligerísimo levantar los hombros y una mueca parecida a una sonrisa burlona. Aunque mis papás posiblemente lo notaban, creo que no siempre estaban dispuestos a más alboroto ni a poner en evidencia el poco control que tenían sobre esta hija que no quería doblegarse.

Antonio el mayor era mi preferido. A él le gustaba dibujar y llenaba una libreta tras otra con grecas, sabandijas, monstruos aterradores e imágenes fantásticas en las que las hojas de un arbusto se convertían en patas de caballos o las piernas de un hombre en gusanos. Su imaginación era mucha y la alimentaba con los libros de arquitectura romana que papá tenía en su biblioteca. A veces, me sentaba con él a colorear mi cuaderno mientras le hablaba y le hablaba sin parar y él, en lugar de mandarme callar como hacía Ania, reía de mis ocurrencias. Pero lo que mejor lo definía era ser intrépido. Su cuerpo estaba cubierto de heridas, quemaduras y raspones. Cuando nadie lo vigilaba se subía a la azotea, se escapaba a la calle dizque disfrazado de mendigo o prendía fuegos artificiales metido en un armario. Si mis papás salían, de inmediato organizaba competencias para ver quién subía o bajaba más rápido por las escaleras, quién era el campeón de lucha greco-romana, quién trepaba más alto a la higuera del jardín, o quién podía saltar de un mueble a otro sin tocar el piso. Cuando mis hermanos jugaban a la lucha libre, yo no participaba pues siempre abusaban de mí, ellos le hacían de campana y, cuando lograba darles un par de golpes, decían *ring ring* y se terminaba el raund.

Agustina nos amenazaba: ”Si no paran, os acusaré con su padre. O mejor aún, os sacaré a la calle para que os lleve el hombre del saco”. Pero todos sabíamos que Agustina no era capaz de acusarnos y sus amenazas, en lugar de surtir efecto provocaban burlas de Ania: “¡No Agustina, nooooo, por favor! Papá nos matará”, decía exagerando el pánico. Porque papa era estricto y exigía cumplir siempre con las reglas establecidas por él. Aunque creo que era especialmente duro con Antonio. Cuándo lo descubría en alguna travesura, lo tomaba de los hombros y lo zarandeaba, advirtiéndole con tono gélido:

* Si no os rompéis los huesos en un accidente, os los romperé yo, —le decía levantando la mano—. Árbol que crece torcido, jamás su tronco endereza.
* No lo vuelvo a hacer, padre. Perdóneme…

Papá no lo perdonaba y con frecuencia Antonio se iba a su cuarto sin cenar y mamá se quedaba siempre con un gesto de incomodidad, aunque sin decir palabra.

Por una u otra razón, mis hermanos captaban la atención de papá, en cambio yo me sentía hecha a un lado pues había optado por ser obediente e ir por la vida como la hoja de un árbol llevada por la corriente del Llobregat, no me gustaban los conflictos y les temía igual que a los insectos, a las pesadillas, a la oscuridad, a la velocidad o a la altura.

III

Año tras año, mamá nos llevaba a la feria que instalaban durante la Fiesta Mayor de Sabadell. Con solo salir de casa el temor atenazaba mi estómago. Yo me hubiera conformado con comer golosinas, ir a la Casa de los Espejos para reírme de mis hermanos, ver la vaca con cinco patas o a la víbora con dos cabezas y subir al redondel de los caballitos. No le encontraba la gracia de quedar suspendida en las alturas, caer al vacío o dar vueltas a toda velocidad. Pero mis hermanos querían subirse a todo, no una, sino dos veces.

Ellos y mamá intentaban convencerme:

* No pasa nada, Lola, os lo aseguro, —decía mamá.

Sus palabras, que para mí tenían el peso indudable de la verdad, ahí no resultaban creíbles.

* Me siento junto a ti y cierras los ojos, —decía Antonio—. Ya luego los vas abriendo de a poquito.
* Anda, ven, es ¡in-cre-i-ble¡ Eres una burra si no te animas, —agregaba Ania.

Y cuando el entusiasmo de mis hermanos me contagiaba, decidía vencer el miedo, me trepaba con ellos y la pasaba fatal. Para colmo debía soportar sus burlas pues, a espaldas de mamá, no paraban de llamarme: *“Lola es una poruga llorona, poruga llorona* …”.

 A diferencia del tormento que a veces representaba ir a la feria, me encantaba cuando mamá nos llevaba a pasar el día a la ermita de la Mare de Déu de la Salut. Ahí, entrabamos al templo para pedir a la virgen que velara por nuestro bienestar. Mamá, con su mantilla negra cubriendo la cabeza, arrodillada y henchida de fe, hablaba con ella en nombre de la familia y como con una solicitud debía de ser suficiente yo, en lugar de rezar, fantaseaba imaginando los miles de hombres, mujeres y niños que, cubiertos de harapos, contagiados de peste, arrastrando muletas, con los brazos rotos o encorvados por el dolor habrían llegado ahí a lo largo de años. Pensaba que después de lavar sus heridas con el agua del manantial habrían regresado a casa felices, bailando y cantando.

Algunos domingos, después de ir a misa, en la Inmaculada Concepción, emprendíamos el camino a Barcelona. Eran viajes eternos.

Al salir, mientras yo pensaba en el helado cubierto de crema que me comprarían, Ania gritaba:

— ¡Pido la ventana!

* ¡Yo la otra¡, —decía Antonio.

Cada vez era lo mismo, me olvidaba de ganar el lugar en el coche y llena de contrariedad me tenía que sentar en medio de mis hermanos, mientras ellos reían entre dientes.

Para hacer el viaje más corto, cantábamos, una y otra vez: “*Escarabat bum bum, posa-hi oli, posa-hi oli, escarabat bum-bum, posa-hi oli en el llum”.* Luego, papá nos contaba historias de Cataluña, de cuándo llegaron los fenicios interesados en nuestros metales y los griegos en busca de alimentos; de cuándo los primeros habitantes formaban sus aldeas y cultivaban vides; de cuándo los soldados romanos atravesaban nuestro territorio después de cruzar puentes, bosques y empedrados, y los mercaderes se presentaban cargados de trigo y aceite de oliva para la venta.

Invariablemente, a la mitad del camino, me mareaba. Papá detenía el coche para darme agua fresca y le pedía a Ania que me cediera la ventana. Ella lo hacía a regañadientes.

* Yo la pedí, ¡no es justo!, —argumentaba.
* Aunque sea un rato Ania, —decía mamá—. Deberíais aprender a ser buenos hermanos. No veis a Lola que se siente mal.
* ¡Pero es que siempre hace lo mismo¡, finge estar enferma para ir en la ventana, y yo la pedí primero.
* ¿Fingir? ¡Pero mirad la palidez que tiene!
* Ania ¡obedeced! —añadía papá con autoridad.

Y ella me dejaba el sitio, con la advertencia:

* Eso sí, al regreso me tocará todo el rato.

A veces íbamos a Montijuic donde, según papá, habían tenido lugar muchas batallas. Recuerdo el día en que fuimos a conocer el Pueblo Español que acababan de inaugurar y paseamos por calles y plazas que mamá decía eran igualitas a las que había en Ávila, Sevilla o Granada. Antes de llegar, papá se detuvo en un antiguo cementerio. Siempre lo hacía para poder pararse durante unos minutos frente a una lápida rodeada de cruces y ángeles. “Es la tumba de Albeniz —decía mamá— ya ven cuánto le gusta a vuestro padre escuchar su música”.

Si a la ida papá nos contaba sobre la historia de España, de regreso nos preguntaba sobre lo que nos había contado. Cada respuesta correcta merecía una peseta para la alcancía.

* ¿Por qué es que nuestro escudo tiene una cebolla al centro?
* ¿Quiénes construyeron las primeras carreteras catalanas?

Sin importar si la pregunta iba dirigida a alguno de nosotras, invariablemente Antonio la contestaba y aunque provocaba los reclamos de Ania: “No se vale…, ¡se adelanta!, él terminaba con la alcancía llena de pesetas y nosotros apenas con un par de monedas.

IV

Cuando no íbamos a Barcelona, mis papas recibían invitados. Mamá arreglaba la mesa, sacaba una linda vajilla con filo azul y oro, individuales de lino, cubiertos de plata y unos pequeños saleros de cristal para cada invitado. Papa se encargaba de elegir los vinos.

Lo acompañaba a la bodega, cerrada eternamente con inviolable candado pues, además de las bicicletas, patines y carritos de muñecas acomodados en perfecto orden, también había un montón de herramientas, linternas, toldos, cuchillos y rifles que papá usaba para ir de cacería. Como era un lugar frio, ahí almacenaban carne seca, castañas, piernas de jamón serrano, salamis y chorizos, así como las botellas de vino en sus camitas de paja. Algunas pieles de animal y una cabeza de venado con sus grandes ojos vidriosos y sin vida, le daban al lugar un ambiente tétrico.

 Esos días llegaba el bisabuelo Medín, mi favorito, siempre sonriente; la tía Margarita, hermana mayor de papá, a la que él le decía Margarideta, con su recién adquirida nuera y con su hijo Lluis, quien por su edad era más un tío que un primo, y el abuelo Ferrán con sus penetrantes ojos oscuros y su espalda muy recta. Era un abuelo serio y distante, pero me caía bien pues llegaba siempre con una bandeja con pastelillos.

Cuando papá volvía de una cacería con un jabalí como trofeo, invitaba a sus amigos al festín y él cocinaba con la ayuda de Antonio. No era mucho lo que hacían, pues el animal llegaba con sus inexpresivos ojos, abierto en canal, sin hígado, corazón, pulmones o intestinos. Únicamente tenían que quitarle su piel llena de pelos, lavarlo, cubrirlo de especias y meterlo al horno. A la *minyona* Mercé no le gustaba que invadieran su cocina, pero no osaba contradecir al patrón.

Durante la comida papá, orgulloso, presumía sus conocimientos culinarios.

Igual si los invitados eran familia o amigos, para nosotros eran domingos aburridos pues, después de saludar y con suerte recibir algún caramelo, nos mandaban con Agustina al antecomedor, cerraban las puertas y se olvidaban de nuestra existencia. Desde afuera, alcanzábamos a escuchar discusiones y carcajadas.

Después de comer, los hombres iban al billar a fumar un puro y las mujeres al salón de mamá a chismorrear.

La abuela Nuria nunca asistió. Yo no reparaba en su ausencia pues ni siquiera la conocía, para mí, simplemente no existía. Tampoco nos visitaba la familia de mamá y solo, muy de vez en cuando, iba el tío Pepito para hablar con papá de asuntos de trabajo.

V

Un sábado en la tarde, a finales de mayo, mamá se encontraba leyendo, envuelta en ese chal de angora azul pálido que tanto me gustaba, mientras mi hermana y yo bordábamos un dechado con punto de cruz. En la noche recibirían invitados y Agustina limpiaba en la cocina la plata. De pronto escuchamos un ruido seco, como si hubieran tirado un costal de patatas desde la ventana. Mamá aventó el libro y salió a toda prisa.

Dejé mi costura a un lado y me levanté despacito. Llena de miedo me asomé al jardín. Ahí estaban, mamá arrodillada junto a Antonio, tirado en el patio, con el pelo apelmazado de sangre y sus manos descansando inertes. ¿De dónde habría caído? Miré hacia arriba. El sol de la tarde me deslumbró.

Hasta entonces, había visto raspones de rodillas, quemaduras y moretones, pero nunca un chisguete de sangre formando un charco. Mamá gritaba en medio de sollozos: ¡Una ambulancia¡, ¡Que alguien le avise al señor¡, ¡Ayuda, ayuda, necesito ayuda¡, mientras con su chal presionaba la cabeza de mi hermano. Mi *mainadera* se acercó con paños limpios. El tiempo se detuvo hasta que un par de jóvenes vestidos de blanco, que salieron de quién sabe dónde, después de revisar el pulso de Antonio y vendarle la cabeza, lo subieron a la camilla. Todos se fueron.

Sentí un frio que calaba y ganas de vomitar. ¿Se habrá muerto? Y me imaginé en el cementerio, con el vestido negro de lunares, diciéndole adiós a mi hermano con mi manita enguantada. Sin lograr moverme me quedé ahí parada, muda, mientras un enorme abejorro negro con rayas amarillas zumbaba insistente.

Agustina nos dio de cenar y se encargó de bañarnos, nos puso el camisón, nos metió en la cama, nos arropó y rezó pidiendo a Dios por la salud de mi hermano. Cuando apagó la luz, volví a imaginarlo muerto, esta vez rígido, con sus ojos abiertos, tan inexpresivos como los del jabalí que cazaba papá y metido en una caja de madera.

Ania no quiso hablar conmigo. Me sentía sola, confusa, enojada y culpable. Tapé mi cabeza con la sábana y me vino a la mente la imagen de Antonio llorando sin consuelo pidiendo perdón un día que lo castigaron por mi culpa. Él brincoteaba feliz sobre la tapa del pozo, gritándome: “pulga piojosa, pulga piojosa” y yo pensé que la tapa podría romperse con tanto jaleo y él terminara muerto, tirado en medio de los cadáveres de los niños desobedientes. Le pedí que parara, pero cuanto más le suplicaba él más brincaba, y entonces corrí para decirle a papá. Además de duras palabras y tener que ir a la cama sin cenar, ese día Antonio recibió un par de bofetadas.

Mientras mis papás estaban en el hospital yo pasaba el día aburrida, sin saber qué hacer y andaba tras Agustina, atormentándola con cientos de preguntas que salían de mi boca como si ésta fuera un grifo recién abierto. Ella, en lugar de contestar, me sugería que rezara o saltara la cuerda. Yo lo intentaba, pero no por mucho tiempo y luego continuaba con mi persecución. Fueron días largos, planos, vacíos en los que la calma solo era interrumpida cuando llegaban mis papás a tomar un baño o cambiar de ropa.

Un día, sentada en las escaleras y pensando en nada, mis papás llegaron con Antonio. Papá lo subió cargado, en medio de un profundo silencio. Estaba dormido, con la cara hinchada y la cabeza vendada. Mamá nos obligó a bajar al jardín, y cuando por fin abrió los ojos pudimos subir a verlo. Ania y yo le mostramos los dibujos que habíamos hecho para darle la bienvenida. En el de Ania estaba solo, sonriente y con la cabeza vendada. Yo, en cambio lo dibujé sano, en medio de la familia y a todos, la Virgen de la Salut nos cubría con su manto. Pero mi hermano ni siquiera los vio, parecía otro, estaba ido y era incapaz de mover su mano derecha, hablaba como bebito y daba la impresión de que las letras, revueltas en su cabeza, no encontraban acomodo.

Durante semanas su cuarto permaneció oscuro, con los postigos de las ventanas cerrados y en su buró decenas de cajitas y botes de medicamento: para la náusea, la coagulación, la inflamación o el dolor... En una tarjeta papá había anotado el horario en el que debía tomar cada pastilla. Dos veces por semana llegaba el doctor con su maletín lleno de herramientas a revisarlo y, después de estar cinco o diez minutos, salía diciendo lo mismo: debíamos ser pacientes, poco a poco mejoraría. Con el paso de los días me habitué al nuevo Antonio. Pasaba ratos con él jugando a la escuelita y tratando de enseñarle de nuevo las palabras que había olvidado.

Sin embargo, no renunciaba a la esperanza de recuperar a mi hermano y, como en la escuela me habían enseñado que el niño Jesús hacía milagros, me aferraba a esa ilusión. Día tras día, antes de dormir, me arrodillaba frente a mi cama para suplicar a Jesús que regresara el tiempo y, como justo intercambio, le prometía ser piadosa y jamás volver a mentir ni a robar dulces de la alacena. Me dormía confiada creyendo que, al día siguiente, encontraría a mi hermano jugando como antes, pero al despertar Antonio seguía acostado, mamá triste, papá serio y el olor a alcanfor inundando el ambiente. Tardé en darme cuenta que mis ruegos, por mucha que fuera mi fe, no serían escuchados.

Sin embargo, la normalidad nunca se recuperó. Papá ya no tarareaba canciones y, al regresar de la fábrica, apenas nos saludaba y se metía en su cuarto para salir hasta el día siguiente. Mamá incluso había dejado de leer y ya no cantaba con voz suavecita esa canción que hasta la fecha añoro: “*Qué li darem a n´el Noi de la Mare? Qué li darem qui li sápiga bo?* Sus ojos se habían cubierto de bruma espesa, estaba ida y no le importaba si Ania contestaba mal o hacía berrinches. La mayor parte del tiempo lo pasaba en el cuarto de Antonio, ayudándolo con los ejercicios que le habían recomendado. Durante el poco tiempo que pasaba con mi hermana y conmigo, se formaban silencios impenetrables que me hacían experimentar temor y reprimir el impulso de abrazarla.

A veces veía a mis papás sentados, uno frente al otro, en silencio, con la sombra de Siset, mi hermano muerto de meningitis cuando era aún muy niño, y la de Antonio enfermo, flotando entre ellos.

La *mainadera* Agustina era la única que nos abrazaba y consolaba. En las noches, acariciaba mi pelo y me hacía cosquillitas pasando suavemente sus dedos ásperos sobre mis brazos. Tenía manos gruesas, iguales a las de mamá, iguales a las mías. Antes de apagar la luz rezaba una oración. No me gustaba escucharla pues no era la que rezaba papá, así que me tapaba los oídos y trataba de centraba mi atención en el canto de un grillo que siempre se paraba junto a las violetas sembradas en el balcón, y cuyo chirrido, antes fastidioso, era mi nueva herramienta contra el dolor.

Sentía amargura e impotencia, no podía remediar lo que había sucedido. Sentía rabia contra Dios y contra la Virgen que se suponía debían cuidarnos, también una culpa descomunal por no haber rezado con devoción en la ermita y a veces deseaba salir corriendo de casa para no ver a mis papás con cara de pena. Yo quería compensar a mi hermano, aunque no se me ocurría cómo. Solo a ratos me olvidaba y recobraba la ilusión de normalidad. Me sentaba a tocar el piano o a jugar con mis muñecas, pero, cuando menos me lo esperaba, la imagen de Antonio enfermo reaparecía en mi cabeza. A mamá, debió sucederle algo así.

VI

Pasaron las semanas y Antonio no progresaba. Mis papás decidieron ir a Barcelona a consultar al doctor Aranu Junquera, un médico eminente que había estudiado en Paris y quien publicaba importantes artículos sobre las operaciones de cabeza que había realizado durante la Gran Guerra, en malas condiciones y con buenos resultados.

El doctor Junquera les explicó que seguramente los médicos de Sabadell, al actuar con rapidez para no poner en riesgo la vida de Antonio, habrían dejado restos de sangre que causaban inflamación. Sugirió una nueva operación. No podía garantizar el resultado, pero según su experiencia, la intervención tenía posibilidades de éxito.

Los dos meses que mis papás pasaron en Barcelona fueron de angustiosa soledad. Llegaban a veces a traer ropa sucia, llevar ropa limpia y darnos noticias sobre nuestro hermano.

Era la tía Margarita quien en casa supervisaba el ritmo de la vida. A diario llegaba con su cara de lagartija, su nariz prominente y su intenso olor a perfume, vestida de negro y siempre de mal humor. A veces acompañada del abuelo Ferrán, esos días sin bandeja de pastelitos. Él, aunque trataba de ser amable no podía deshacerse de su aire de abuelo inaccesible. En nada se parecía a su papá Medin, mi bisabuelo. Eran tan distintos que no parecían ser padre e hijo.

Si de por sí, la tía Margarita pensaba que ser hermana mayor le daba derecho a inmiscuirse en la vida de papá, ahora que tenía el encargo se sentía el pez más gordo de la laguna. A todos en casa los mandaba como si fuera el comandante en jefe del ejército español. Cualquier cosa servía de pretexto para regañarnos con su voz de flauta, agitando las manos y elevando los ojos al cielo. Era insoportable. Llena de desprecio, se dirigía a nosotras: “A ver niñas, si ya acabáis de comer, que no tenéis todo el día”; “a ver niñas si os peináis mejor, que parecéis huérfanas; “a ver niñas si se laváis los dientes, que os apesta la boca”, “a ver niñas si os vais a jugar y me dejáis tranquila”.

La casa se convirtió en campo de batalla. Ania, capaz de sostener la mirada de mi papá, sacó a relucir toda su capacidad de confrontación. La tía se desesperaba, la amenazaba con todo lo que se le venía a la mente. Un par de veces a la semana, llegaba el *besavi* Medín a suavizarnos la vida. A él todo le parecía bien, nos regalaba chocolates y jugaba con nosotras.

Cuando finalmente regresaron con mi hermano, él tenía en el lado izquierdo de su frente dos pequeñas hendiduras por donde el doctor había trepanado su cráneo para limpiar. Era un mal menor y la casa se llenó de esperanza.

* Iremos a la playa, —decía papá—, ahí tomará el sol. Que seguro le hará bien el agua de mar, tan curativa.
* Pero antes, deberíamos agradecer a la Virgen de la Salut. Y tú José, esta vez vendréis con nosotros.
* Y podremos ir a la feria todos juntos.
* Y en el camino le cederé la ventana a mis hermanos —decía yo.

Aunque Antonio seguía convaleciente, todos pensábamos que era cosa de esperar un poco más. Durante semanas, la vida pareció que nos sonreiría de nuevo y todos recobramos la absurda sensación de que nuestro bienestar era un derecho a perpetuidad. Pero la ilusión se fue apagando y llegó el día en que la esperanza se desvaneció por completo. Antonio seguiría para siempre con sus pensamientos detenidos en la infancia. Nadie lo dijo y cada uno ocultó como pudo su tristeza entre los pliegues del corazón. Nunca regresamos al mar en familia, ni volvimos a la feria, ni fuimos a la ermita de la virgen. Creo que no había nada que agradecer. Mis papás se alejaron uno del otro, y también se alejaron de nosotras.